

dió fuego á la real vivienda, y el rey y la reina de Inglaterra tuvieron que escapar en camisa. Probablemente durante esta estancia en Pontoise se declaró ó se agrió entre Isabel y sus cuñadas un odio cuyas causas no son conocidas, pero cuya intensidad conocemos por los efectos. Margarita y Blanca (ésta contaba diez y ocho años) eran realmente culpables desde hacía tres años de relaciones con los hermanos De Aunai? Se ignora: pero entonces, sin duda, fué cuando esta mujer peligrosa, que más tarde fué concubina de sir Roger Mortimer y cuyo marido murió encarcelado por orden suya (de una manera horrible), denunció los adulterios. El arresto de las tres nueras sucedió á una segunda y breve visita que hizo Isabel á su padre. Es verosímil que, inocentes ó culpables, las tres princesas de Borgoña fueron perdidas ó comprometidas por ella. No aparece, por lo demás, que los tres hijos del rey, á quienes un escándalo tamaño ponía en ridículo, intentaran impedirlo ni estorbarlo. Nada nos hace conjeturar los sentimientos que tenían para con sus esposas, ni tampoco los que les inspiraba la aventura.

La suerte de Margarita y Blanca fué lamentable. Si debemos prestar crédito á los cronistas, es decir, á lo que en público se murmuraba, Margarita, la reina de Navarra, confesó su pecado, reconoció que merecía todos los suplicios, «menos afligida de su confesión que del descrédito con que manchaba á las damas nobles en general.» Por lo demás, no pudo resistir por largo tiempo al régimen de una prisión helada, que se quiso fuera mortal. *Satis cito mortua est, cum devotione maxima.* Blanca, que era muy joven, no quería morir y protestaba de su inocencia. Permaneció durante siete años en Chateau-Gaillard. Se hizo correr la voz de que, durante su cautividad, donde es seguro que recibió visitas, la desgraciada, madre ya de dos niños de corta edad, volvió á quedar encinta, unos decían que del carcelero y otros que de su marido (1). Cuando en 1322 Carlos *el Hermoso* pensó en volver á casarse, no siendo el adulterio una causa canónica de divorcio, tuvo que invocar un pretexto para anular su matrimonio: alegó que era ahijado de Mahaut de Artois, madre de Blanca, y que no podía sin la necesaria dispensa convertirse válidamente en yerno de su madrina. Por consiguiente, no fué sobre los acontecimientos de 1314, sino sobre el parentesco espiritual de Carlos y Mahaut sobre lo que buscaron testimonios los procuradores nombrados por el papa para entender en el asunto. Blanca fué interrogada en la capilla de Chateau-Gaillard, «en presencia de sus damas.» Se le preguntó si se sentía libre; si tenía miedo; respondió que no se habría sentido más á satisfacción «en la cámara del papa.» «La alegría de su rostro (*hilari facie*

(1) Un magistrado, M. Boudet, ha intentado establecer (*Thomas de la Marche, bâtard de France*, 1900) que Blanca tuvo realmente un hijo en su cárcel: este hijo de Blanca será Tomás de la Marche, bastardo de Francia († 1361). En ausencia de todo testimonio contemporáneo, el único argumento de este autor, que acepta sin reservas la versión de la culpabilidad de las princesas, tal como corrió en público por los años 1314, es que Tomás, bastardo de un príncipe de la casa de Francia, no pudo tomar su nombre «de la Marche» más que de su madre; y esta era señora de la Marche por parte de su marido Carlos (de la Marche). Pero esta hipótesis es errónea: es más que probable que Tomás era un bastardo del propio Carlos de la Marche (G. París en el *Journal des Savants*, 1900, pág. 694).

et multum etiam laeto vultu arridens), dice el proceso verbal, ponía muy en claro que no tenía miedo.» Se le hicieron preguntas como esta: «¿No creía que Carlos hubiera podido hallar otro partido más ventajoso que ella?» No se hizo alusión alguna al adulterio. El 19 de mayo de 1322, una bula sancionó las conclusiones del proceso y anuló el matrimonio. Carlos IV casó en seguida con María de Luxemburgo, hija del emperador Enrique VII. Como precio á su docilidad, Blanca recibió el permiso para encerrarse en la abadía de Maubuisson, donde descansaba ya el cuerpo de la niña que había dado á luz. Tomó allí el hábito religioso en 1325 y murió al año siguiente.

En cuanto á Juana, la mujer de Felipe, se la había separado rápidamente de sus pretendidas cómplices y se la había conducido á Dourdan «en un carromato tapizado de negro.» Por el camino repetía á los que pasaban: «Por Dios, decid á monseñor Felipe que muero sin pecado.» ¿Era realmente menos culpable que sus hermanas? Un proceso terminado con rapidez la dejó libre de causa. Su madre, Mahaut de Artois, no había cesado de cartearse con ella en su prisión; una bruja confesó más tarde que, á ruegos de Mahaut, había compuesto, para reconciliar á los esposos, un sortilegio con sangre de Juana y ciertas hierbas.

Juana, reina de Francia y de Navarra desde el advenimiento de Felipe V, recibió de su marido, en 1319, el palacio de Nesle, al borde del Sena, que fué, cuando quedó viuda, su residencia en París. Encargó á sus ejecutores testamentarios que vendieran, después de su muerte, dicho palacio, para proveer á la fundación de un colegio en la Universidad de París, el colegio de Borgoña. Por consiguiente, profesaba estima á los escolares; pero nada, si ya no es la leyenda, autoriza á creer que no se tratara de una estima honrada y honrosa. Y he aquí como la torre de Nesle se mezcló siniestramente á la tragedia doméstica de 1314. Queda en pie Buridán: muchos Buridán vivieron bajo Felipe *el Hermoso* y sus hijos; pero el biógrafo de Buridán el filósofo, nacido hacia el fin del siglo XIII, no es conocido. La reina Juana, que habitó durante diez años la torre de Nesle, al borde del Sena, murió en 1329.

IV.—Otros procesos y hechos diversos

Es imposible dar aquí cuenta de todas las causas célebres del tiempo, ni aun de aquellas cuyos procesos no han sido destruidos. Además todas se parecen. Pero bastará con enumerar algunas para demostrar que, en los comienzos del siglo XIV, los hombres públicos, y sobre todo los príncipes, incesantemente perseguidos por horribles confidencias é inquietados por leyendas de venenos, sortilegios y complots, vivieron en medio de una tempestad.

Los asuntos de los templarios, de Bonifacio y de Guichard permiten conocer los procedimientos ordinarios de Guillermo de Nogaret contra los enemigos del rey. Jamás cambió de táctica. Luis de Nevers, hijo mayor de Roberto de Bethune, conde de Flandes, pudo conocerlo bien. En abril de 1313 hacía manifestar al papa que, de orden del rey, había sido conducido como acusado de alta traición á la prisión de Moret y luego á la de Montlhéry, «prisión fétida é inmundada, donde habían

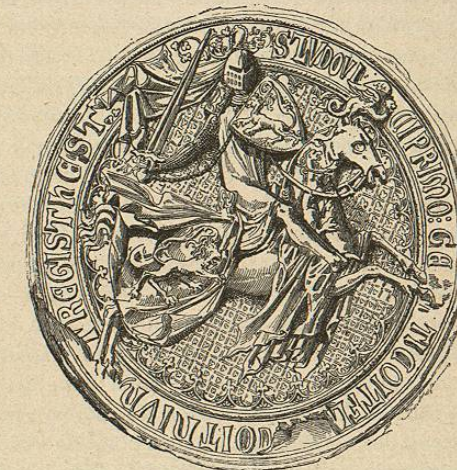
muerto algunos templarios.» Había pedido humildemente otra residencia, pero Guillermo de Nogaret le dijo: «Desead que no os acontezca nada peor que permanecer ahí hasta el día del juicio.» «Tiemblo, añade Luis de Nevers, por mi vida, porque el dicho señor es tan poderoso junto al rey, que tales palabras, pronunciadas por él, habrían aterrorizado á cualquiera. Hice suplicar personalmente al rey, pero me respondió que nada alteraría de lo que Guillermo de Nogaret había dispuesto.» El prisionero logró evadirse, pero supo bien pronto «que se hacía predicar» públicamente contra él, acusándole de cosas «falsas, increíbles, imposibles, abominables,» para que perdiera su reputación. Después de esto había sido juzgado por contumacia y condenado. Luis de Nevers protestó contra este juicio, dado, dice, contra todas las reglas, por gentes villanas, contra un hombre de su rango. «Un Enguerrando de Marigni, que pasa por ser mago, hasta tal punto hace del rey lo que quiere; un Guillermo de Nogaret, hijo de hereje, el sacrilego autor del atentado contra nuestro santo padre Bonifacio.»

Luis de Nevers evitó el efecto ordinario de las «calumnias abominables» de Nogaret; pero el propio Nogaret tuvo la dicha de morir antes que su señor, porque había hecho escuela, y después de la muerte de Felipe *el Hermoso*, los servidores de este príncipe sufrieron á su vez, del mismo modo, lo que sus víctimas habían sufrido.

Enguerrando de Marigni, ministro todopoderoso, que por esta causa se había creado multitud de enemigos, estaba designado para ser sacrificado, bajo un rey nuevo, á los odios de la corte. Al día siguiente de la muerte de Felipe *el Hermoso*, corrió el rumor de haber rogado Enguerrando al moribundo que intercediera por él junto á su heredero. Ya se sabía que se sentía amenazado. Carlos de Valois provocó bien pronto, con efecto, una escena muy viva á propósito de la gestión financiera de Enguerrando, que fué encerrado en el Temple. Un hombre de leyes al servicio de Carlos de Valois, Juan de Asnières, expuso los motivos de la acusación: habló de abuso de confianza y de poder, y aun de traición; tal vez Marigni, comprado por Luis de Nevers, hizo fracasar la última campaña de Flandes; muchas veces se había oído decir al rey muerto que Enguerrando le había engañado, y llorar; pero parece que Luis X, solicitado en favor del acusado por diversos personajes, y principalmente por Eduardo II, su cuñado, vaciló al herirle; transcurrieron algunas semanas; finalmente se resolvió la cuestión con la confiscación simple de los bienes del ministro y con su destierro en Chipre. Entonces se descubrió muy á punto, y Luis X lo supo en seguida, que la dama de Marigni y la dama de Chanteloup, su hermana, ayudadas de subalternos de ambos sexos, habían fabricado imágenes de cera consagradas al demonio, para perjudicar al rey y á los de la casa real. Carlos de Valois, que, según el rumor público, ya había sido, en 1304, objeto de una tentativa de envenenamiento por parte de una bruja, á instigación de los flamencos, era, con el rey y el conde de Saint-Pol, especialmente designado por estas magas negras. En este momento llegó una carta, verdadera ó falsa, de Margarita de Borgoña, que acababa de morir en Chateau-Gaillard. Se trataba de Enguerrando, que se había mezcla-

TOMO II

do, lo cual es cierto, en la cuestión de las tres nueras. Uno de los agravios producido por Asnières es que había aconsejado, en 1314, aprehender á doña Juana. Convencido y aterrorizado por estos hechos, producidos uno tras otro, Luis X debió decir: «Aparto mi mano de él; no quiero mezclarme más, haced lo que queráis.» Enguerrando de Marigni fué en seguida condenado. Las buenas gentes imaginaron que en este extremo debió consultar, según su costumbre, un demonio privado con el que trataba; que este demonio le declaró «que estaba perdido,» y que desde entonces desesperó. El 30 de abril de 1315 fué colgado en una altísima horca en Montfaucon, y uno de los pretendidos cómplices de la



Sello de Luis de Nevers

dama de Marigni fué también colgado, un poco más abajo, á sus pies. Los grandes señores de la corte asistieron á este espectáculo popular. Algunos días después, habiendo sido descolgado el cadáver por ladrones que se llevaron sus trajes por la noche, se le volvió á colgar para que públicamente se cayera putrefacto (1).

Pedro de Latilli, obispo de Chalóns, había sido uno de los clérigos preferidos de Felipe *el Hermoso*, que le asistió en sus últimos momentos. Las crónicas dicen brevemente que se hizo sospechoso de haber envenenado á su señor y también á su predecesor en la sede de Chalóns, Juan de Chateauvillain. Los artículos propuestos contra Latilli y las respuestas que les dió ante los prelados reunidos en Senlis han desaparecido. Solamente se sabe que el 21 de junio de 1315 «tres mujeres convictas de haber fabricado el brebaje que había ocasionado la muerte á Juan de Chateauvillain, ardían en la isla del Sena, frente á los Agustinos.» «Maese Raúl de Presles, uno de los miembros de más viso del parlamento judicial de la corte del rey, fué también acusado por esta época de haber contribuido á la muerte del rey Felipe y «encerrado en Santa Genoveva.» Pero la tortura no le arrancó ninguna confesión y fué nuevamente puesto en libertad, no sin que sus bienes hubieran sido durante su cautiverio destruidos y perdidos en parte.

Algunos meses más tarde, un clérigo llamado Everar-

(1) La dama de Marigni recibió cartas de gracia después de la muerte de Luis X. Bajo Felipe V la memoria de Marigni fué rehabilitada como lo había sido bajo Felipe IV la de Pedro de la Broce.

do de Bar-sur-Aube denunció en presencia de Luis X y de sus principales consejeros al cardenal diácono de Santa María *in Cosmedin* Francisco Gaetani, como instigador de los maleficios dirigidos contra dicho rey, el conde de Poitiers y los cardenales Colonna. Al decir de Everardo el cardenal, que quería ser papa y vengar á su tío Bonifacio, había hecho fabricar y bautizar imágenes de cera para hechizar á los personajes antes citados, «atraerse su amor» ó hacerles «escapar con los pies por delante.» La deposición de Everardo es groseramente inverosímil. No existe razón para que se crea, por lo demás, que hubiera sido tomada en serio (1).

La muerte de Luis X, como la de Felipe *el Hermoso*, fué atribuída al veneno. Individuos de baja estofa, del género del ermitaño de Saint-Flavit y de Everardo de Bar-sur-Aube, una cierta Isabel de Fiennes y su hijo Juan, pretendieron atrevidamente que la condesa Mahaut de Artois, suegra de Felipe V, después de haberles rogado que emplearan artes diabólicas para reconciliar á Felipe con su mujer, les había demandado veneno «para matar á alguien.» El veneno había sido fabricado con cola de culebra, un sapo, harina é incienso. Juan lo había remitido á la condesa en presencia de Enrique de Sully, su primo hermano, y de maese Thierry, su clérigo. La condesa no había ocultado que era para el rey Luis. Mahaut de Artois había igualmente ahogado ó clavado un alfiler en la cabeza del niño Juan, hijo póstumo de Luis X. Estas alegaciones no estaban, por lo demás, como de costumbre, apoyadas por ninguna prueba. Es de creer que el propio hermano de Felipe V, Carlos de la Marche, era el inspirador, porque Juan XXII le conjuraba, en septiembre de 1317, á no servirse de gentes sospechosas para producir tamaños escándalos. Si Carlos de la Marche había sido el maestro, Mahaut, que era su madre, á la vez que la del rey, hubiérase encontrado tal vez con pena para probar su inocencia; pero Felipe V, después del requisitorio, obtiene de Isabel y de Juan la retractación de sus imposturas, é hizo finalmente declarar por sentencia, en 9 de octubre, que el rey Luis había muerto de muerte natural (2).

Carlos de la Marche, ya Carlos IV, hizo torturar y ejecutar al auvernés Gerardo Guete, tesorero de su predecesor, porque, según los rumores, «este presuntuoso personaje había hecho grandes tuerzos al pueblo y á los gentileshombres.» Este príncipe no se halló, por lo demás, como sus hermanos, al abrigo de los sortilegios. «Se han encontrado en Tolosa, escribía el 3 de julio de 1326, imágenes cubiertas de caracteres y figuras cuyos detentores han sido conducidos á nuestra cárcel del Chatelet en París. Han dicho que las habían fabricado para hacernos morir de orden de muchas personas, entre otras, de nuestro fiel consejero el señor de Villemur, sobrino del papa. Pero se retractaron en seguida. Nos complace proclamarlo (3).»

Muchos otros casos del mismo género ponen de relieve la hipocresía, la brutalidad y la superstición que por todas partes prevalecían. Leyendo las obras literarias y las actas oficiales, redactadas en estilo de escuela ó de cancellería, se olvida fácilmente que los hombres de

(1) *Revue historique*, LXIII, pág. 56.

(2) *Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, 1865, página 195.

(3) *Histoire générale de Langüedoc*, X, col. 661.

este tiempo eran bárbaros. Los procedimientos lo recuerdan. Nunca se vieron más estrepitosas ejecuciones, en castigo de crímenes reales ó supuestos, que bajo los tres primeros Capetos directos. Bajo Felipe V se condujo á la horca de Montfaucón á Enrique de Tape-rel, preboste de París, «por multitud de cosas, dice un novelista contemporáneo, que serían largas de contar, y de las que los condes de Valois y de la Marche le habían acusado;» sobre su carreta y á lo largo del camino gritaba: «¡Buenas gentes, muero por odio!» Bajo Carlos IV los parisienses vieron morir á Jordán de l'Isle, señor de Gasuña, precursor de Barba-Azul, cuya menor ofensa era, al parecer, haber apaleado á los sirvientes del rey con sus bastones flordeados; y la cuestión de Chateau-Landón hizo ruido. Algunos que habían encontrado un gato negro, enterrado en un campo, sospecharon diablerías, y un hombre fué torturado: confesó que había hecho comer á este gato pan humedecido en el santo crisma, á fin de evocar al demonio. Denunció á un abad del Cister y á dos canónigos que habían sido cómplices suyos...

En los comienzos del siglo XIV estas extrañas costumbres no eran, por lo demás, ni nuevas ni particulares de Francia (4). El 28 de julio de 1264 Urbano IV escribe al conde de Provenza que se ponga en guardia contra las tentativas del rey de Sicilia. De acuerdo con el duque de Borgoña, Manfredo acababa de enviar á Francia un cierto Cavalcante, apóstata de la orden de San Jaime, «con dos asesinos y cincuenta especies de venenos.» El obispo de Coventry, tesorero de Eduardo I de Inglaterra, fué acusado de asesinato, de simonía, de adulterio, de haber consultado al demonio y de haberle rendido homenaje besándole en el trasero. Veintiocho personas fueron acusadas de haber fabricado figuras de cera para hechizar á Eduardo II y á los Despensers. Cuando murió el emperador Enrique VII, su confesor fué acusado de haberle envenenado al hacerle comulgar bajo las dos especies. El papa Juan XXII fué ó se creyó ó aparentó creerse hechizado por magos malignos y rodeado de asesinos. Hugo Geraud, obispo de Cahors, fué suspendido y luego quemado en Aviñón, en julio de 1317, por haber intentado matarle. Un requisitorio donde se cita el nombre de Dante tuvo lugar, en 1320, á propósito de las tentativas de hechizamiento que Mateo Visconti, vizconde de Milán, había practicado contra él. En este mismo año 1320, el conde de Nevers fué sospechoso de haber querido envenenar á su padre. Ferri de Picquigni condujo al conde de Flandes un muchacho que decía haber sido encargado por un ermitaño, de parte de Luis, para darle veneno; el ermitaño fué torturado, no confesó nada, y el asunto quedó allí.

Pero en 1321 fué cuando se produjo entre nosotros el incidente más singular y sangriento (5). Hacia San Juan de aquel año corrió el rumor de que los leprosos envenenaban las fuentes. Lo mismo que suelen hoy los pueblos del extremo Oriente, los leprosos de aquel tiem-

(4) K. Eubel, en la *Historisches Jahrbuch*, 1897, pág. 608. Y no hicieron sino acentuarse á partir de esta época hasta fines de la Edad media: J. Hansen, *Zauberwahn, Inquisition und Hexenprozess im Mittelalter und die Entstehung der grossen Hexenverfolgung*, 1900.

(5) *Histoire générale de Langüedoc*, IX, 410.

po, que se contaban por millares, vivían en comunidades aparte. Entre los que fueron torturados, muchos confesaron que, efectivamente, habían envenenado las fuentes, los vinos y los trigos, «con objeto de hacer perecer á los que no eran como ellos,» ó por lo menos, á fin de comunicarles la lepra; que se había organizado un gran complot entre los leprosos del mundo entero para repartirse los reinos y los bienes de la tierra; éste debía ser rey de Francia, aquél conde de Valois, otro abad de Marmoutier, etc., y que los judíos ricos les habían dado consejo; el veneno que empleaban era una mezcla de sangre, de orina y de hierbas, donde hacían macerar hostias. De repente por los círculos mejor informados corrió una noticia: los primeros instigadores de los crímenes de los leprosos no eran otros que los reyes moros de Granada y de Túnez, decididos á desembarazarse de cristianos; los leprosos eran sus agentes por mediación de los judíos. Existen en el «Tesoro de cartas de Francia» dos pretendidas cartas (en francés) del rey de Granada y del rey de Túnez, sedicentes dirigidas en esta época á un judío de nombre Sansón. Son dos fraudes infantiles; los dos reyes envían al judío dinero y venenos, y le ruegan buenamente que los remita á los leprosos de parte suya «para lo que ya sabe» (1). Es probable que en altos lugares se creyera en la autenticidad de estos documentos ridículos. La ordenanza de Felipe *el Magnánimo*, que se refiere al caso de los leprosos, redactada para atribuir á la corona el conocimiento de sus crímenes, es de un rigor extremo: quemar á los que confiesen; torturar, y después, según las circunstancias, quemar ó encerrar á los que no confiesen. «En Langüedoc, dice el novelista de París, debieron quemarse unos seiscientos en un día.» En París se ejecutó únicamente «á aquellos á quienes se les reconoció culpa.» Por todas partes los bienes de los leprosos, de los cómplices ó de los sospechosos fueron aplicados al fisco.

CAPITULO V

JUDÍOS.—LOMBARDOS.—MONEDAS

I. Los judíos.—II. Los lombardos.—III. Las monedas

Todos los grandes negocios característicos de los tiempos de Felipe *el Hermoso* acarrearón consigo confiscaciones. Hasta parece que la de los templarios tuvo lugar en vistas de una operación financiera. En fin, las necesidades de un gobierno menesteroso fueron indudablemente la causa de las violencias que se cometieron entonces contra los judíos y los lombardos y contra los artífices monetarios, que valieron al nieto de San Luis el sobrenombre de «monedero falso.»

I.—Los judíos (2)

En la Edad media las comunidades judías de Francia, sobre todo numerosas en la Champaña, en el valle del Loira y en el Mediodía, estaban sometidas á exac-

ciones regulares é irregulares; pero la misma autoridad que las oprimía las protegía contra el populacho cristiano. Las «usuras» de los judíos estaban toleradas por el príncipe, que de tiempo en tiempo se repartía con ellos los odiosos beneficios. Tal era el régimen normal. Luis IX, que odiaba á los israelitas en calidad de enemigos de Cristo, por puro celo religioso, había manifestado multitud de veces la intención de despojarles de sus bienes mal adquiridos y de purgar de ellos definitivamente al reino. Había intentado hacer conversiones: reservaba en la cuenta de sus gastos una partida para los *conversos*; pero es necesario ver si el proselitismo judío no contrarrestaba entonces el proselitismo cristiano (3). Lo mismo que Alfonso de Poitiers, su hermano, había tratado duramente á los usureros de sus dominios, y data de su reinado una medida que fué muy perjudicial para Israel: la confiscación y la destrucción por carretadas de todos los ejemplares del Talmud, después del célebre coloquio tenido en París en 1240 entre Nicolás Donín de la Rochela, judío converso, y cuatro rabinos del Norte (4), se sabe que personalmente no era del parecer de entrar á discutir con aquellas gentes (5). Durante toda la segunda mitad del siglo XIII se han visto igualmente sujetos á tentativas de conversión, á exacciones y brutalidades; el 14 de abril de 1288, los parientes y amigos de un judío rico y letrado, Isaac Chatelain, de Troyes, trece personas de ambos sexos, murieron en la hoguera, y la fecha se hizo famosa entre los de su raza. Sin embargo, hacia 1300, las juderías aparecían aún florecientes; mantenían escuelas, y en esas escuelas la vida intelectual era intensa; las luchas de los teólogos contra los filósofos adquirían toda viveza. Los rabinos franceses de aquel tiempo dejaron una considerable biblioteca de glosas, tratados y comentarios, traducciones y escritos de controversia; en el momento en que iban á ser dispersadas, las ricas y antiguas comunidades de Montpellier, Narbona, Beziers y Carcasona se hallaban en lo más fuerte de la guerra declarada por el ortodoxo Astruc de Lunel á los librepensadores que habían derivado de la *Guide des Egarés*, de Moisés Maimonide, una filosofía racionalista.

Los judíos poseían bienes importantes y tenían en sus manos considerables créditos. Sus bienes estaban gravados de imposiciones que los notables de cada localidad repartían. Desde fines del siglo XIII estas imposiciones fueron tan pesadas, que parecían haber determinado la emigración de un cierto número de contribuyentes fuera de los dominios reales. El *Minhath Quenaoth*, colección de letras cambiadas entre rabinos del Mediodía, nos conserva el texto de un «concordato» deliberado á propósito de la repartición de tarifas. «Los nuevos cargos, dice esta acta, hacen, por decirlo así, olvidar los anteriores; se sigue de esto que el número de los miembros de nuestra comunidad ha disminuído, y que los que permanecen aquí sucumben.» En cuanto á sus créditos, las gentes del rey se preocupaban de

(3) El 5 de septiembre de 1288, el papa escribió á los inquisidores de la fe que sienten conturbado su corazón porque muchos cristianos (*quamplurimi christiani*) han adoptado el rito judío (*se dampnabiliter ad ritum judaicum transtulerunt*).

(4) I. Loeb, *La controverse de 1240 sur le Talmud*, en la *Revue des études juives*, 1880 y 1881.

(5) Véase más arriba, pág. 199.

(1) Compárense las imaginaciones análogas en medio del siglo XIII á propósito de los *pastoureaux* (pág. 80).

(2) E. Renan, *Histoire littéraire*, tomo XXXI. G. Saige, *Les Juifs du Langüedoc*, 1881. S. Luce, *Revue des études juives*, 1881, pág. 14. *Histoire générale de Langüedoc*, págs. 270, 293.